



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Revista de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.*—*El Padre pródigo. Crítica literaria, por D. Bruno del Barco.*—*Serenata, por D. José Selgas.*—*Con mal ó con bien á los tuyos te tén, por Fernán Caballero, continuacion.*—*Gergológico.*

REVISTA DE CÁDIZ.

La toma de Tetuan.

Aun no asomaba la primer luz del martes siete del que rige, cuando el repique de todas las campanas de la poblacion y el eco festivo de las músicas anunciaron á la siempre patriota y siempre generosa Cádiz la fausta nueva de todos vivamente anhelada. Un ejército español, un ejército de héroes, despues de una brillante victoria que ha inmortalizado su denuedo, bien así como ha levantado hasta las nubes la pericia militar y la gloria de su ilustre caudillo el conde de Lucena, habia hecho tremolar el pendon invicto de los castillos y leones sobre los muros de Tetuan; de esa importantísima plaza, centro mercantil del norte de Africa, y cuya defensa era la esperanza del ya decaído aliento marroquí.

Presto se difundió la noticia anunciada por el parte telegráfico, y la poblacion entera lanzóse á las calles frenética de entusiasmo. Los albores de aquella feliz aurora precedieron al mas hermoso sol, y un cielo purísimo y no empañado por la mas leve nube parecia coadyuvar con su brillante luz á la solemnidad y á la alegría de la fiesta.

Los vivos atronaban el aire, grandes grupos de gentes circulaban gozosos llevando banderas españolas y emblemas del reciente triunfo. Los oficiales y soldados que hallaban á su paso, especialmente si habian pertenecido al ejército de Africa, eran por ellos levantados en alto y conducidos en hombros entre repetidos vítores al ejército español, que una vez mas sobre tantas acababa de cubrirse de eterna gloria.

FEBRERO.

Adornábanse en tanto con vistosas colgaduras todos los balcones de la ciudad, aun los de las mas humildes casas, y las músicas arrastraban acá y allá el gentío con sus marciales sones, oyéndose tambien himnos que de todos eran acogidos con placer, porque ahoran eran el eco de un sentimiento unánime; porque ellos celebraban tan solo lo que verdaderamente debe ser noble y grande para los españoles todos porque celebraban el triunfo de España, de nuestra madre comun, de la que llora la discordia de sus hijos, de la que se complace inmensamente al verlos agrupados en torno suyo y trabajar de consuno para hacerla gloriosa y grande entre los pueblos.

Así trascurrió el dia entero. A la noche una brillante y general iluminacion, cuyo mayor mérito consistia en la espontaneidad, suplió á la luz del mas bello dia. Aquí profusion de bombas adornadas con graciosos dibujos y de elegantísimas y variadas formas, allí transparentes con inscripciones alegóricas, mas allá caprichosos juegos de gas, vasos de colores y fogatas, en todas partes júbilo indescriptible, gritos de entusiasmo, himnos, versos, loores para los valientes soldados y para sus valentísimos caudillos, cuyos nombres se victoreaban comentados con la narracion de sus hazañas, de las que hay tales que por fabulosas algunos las tuvieran sin el testimonio de tantos ojos como las vieron y las admiraron.

Justo era el aplauso, legítimo el orgullo español. Parecíanos trasladados como por encanto á los gloriosos tiempos de Isabel la Católica y del gran Gonzalo. El pabellon de España, ahora como entonces, tremolaba sobre las almenas de una ciudad mora conquistada con generosa sangre de héroes. Ella habia hecho trocar en respeto, en admiracion, el desden de la Europa: ella nos rehabilitaba á los ojos del mundo que acaso nos creia degenerados; en una palabra, acabábamos de mostrar que éramos aun lo que fuimos un dia. Nuestra gloria en los campos de Tetuan no tenia nada que envidiar á la mercedísima alcanzada por las valientes armas francesas en la memorable batalla de Isly. Nuestro orgullo, lo repetimos, era legítimo.

En aquel mismo dia se cantó en la Sta. Iglesia Catedral un solemne Te-Deum con asistencia de las autoridades civiles y militares, del Excmo. ayun-

tamiento, de las corporaciones, y de una inmensa concurrencia.

Al inmediato continuaron los festejos. A las dos de la tarde se verificó la procesion del retrato de S. M. la reina; pero si bien tuvo lugar el acto con toda brillantez, no fué esta tal como se esperaba, porque la circunstancia de llegar en aquel punto los heridos de la brillante batalla del día cuatro, obligó á ambos gobernadores, y á otras muchas personas, á acudir al muelle con el fin de prodigar á aquellos bravos hijos de la patria los auxilios de que habian menester. Estos fueron trasladados á los hospitales con la posible comodidad, y á alguno de ellos se le oyó que al ver la frenética alegría de la poblacion y las muestras de viva simpatía de que eran objeto, esclamaba: "Con gusto he vertido esta sangre, y aun vertería toda la que me resta, al contemplar el entusiasmo de este pueblo por la causa justa que defendemos en los campos africanos."

Pasóse el día entre espectáculos populares preparados por el ayuntamiento, y á la noche se cantó en el teatro Principal un himno alusivo al objeto de los festejos, arrojándose al público gran número de composiciones varias. En el palco de la presidencia se hallaba colocado bajo dosel el retrato de S. M., el que fué descubierto por los Sres. Gobernadores y saludado con vivas por la numerosa concurrencia.

La letra de este himno, que necesita por disculpa el advertirse haber sido improvisada en brevísimo tiempo y tener que arreglarse á música ya de antemano escrita, es la siguiente;

CORO.

*Gloria á los que fueron
En invicta lid
Fuertes cual Pelayo,
Bravos cual el Cid.*

ESTROFA PRIMERA.

"A la lid, á la lid, al combate,"
Grita España y descoje el pendon:
"Guerra y muerte al audaz descreido
Que hizo afrenta á mi ilustre blason.
Enseñadle que aun puros conservo
Mi valor, mi energía y mi fé;
Que esta patria en sus hijos fiando
Mostrar puede que aun es lo que fué."

ESTROFA SEGUNDA.

Y á su voz mil y mil acudieron,
Y lanzáronse en pos mil y mil
Que ora aferran la lanza del fuerte
Y ora empuñan del bravo el fusil.
Truena el bronce; con sangre africana
Propia sangre salpica el laurel,
Y entre el grito de "España y victoria"
Suena el nombre inmortal de Isabel.

ESTROFA TERCERA.

Ya la blanca Tetuan que refleja
En sus torres del astro la luz
Ve ondear sobre el árabe muro
Victorioso el pendon de la cruz.
Gloria eterna á la hueste animosa
Prez y orgullo del nombre español,
Gloria eterna á su invicto caudillo
Que entre soles se ostenta cual sol.

En el tercero y último día, además de los festejos de títeres en las plazas y cucañas, el ayuntamiento, intérprete en este caso de los sentimientos de esta poblacion generosa, hizo distribuir 4.500 hogazas de pan á los pobres y un socorro á los encarcelados.

Muchos han sido los rasgos de desprendimiento y patriotismo que han tenido lugar estos días. Varias personas han obsequiado con regalos de dulces y tabaco á los heridos y enfermos de los hospitales. Entre ellos podemos señalar, puesto que ya otros periódicos lo han hecho, á los Sres. Don Juan Ceballos y Don Pedro Víctor, respectivamente en el hospital central y en el de S. Fernando. Con gusto repetimos la noticia en honra de estos buenos patricios.

La oficialidad de los cuerpos Africa y Orense, á la cabeza de la música del primero, dieron en una de las pasadas noches una delicadísima muestra de aprecio á esta poblacion y á sus corporaciones. Acompañaban á este cortejo marcial gran número de soldados en traje de gala y con hachas de cera.

Tales han sido estas inolvidables fiestas. Seguro es que el gran objeto á que se consagraron quedará indeleblemente grabado en el corazon de todos los buenos españoles, como quedará grabado con letras de oro en el libro de nuestra historia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

TEATRO PRINCIPAL.

COMPañIA DE ZUAVOS.

Todos saben que los zuavos son unos valentísimos soldados franceses, que se baten muy bien, y que en particular en sus cargas á la bayoneta solo pueden comparárseles nuestros bravos del ejército de Africa; pero lo que acaso no todos sepan es que en sus ratos de ocio de la guerra de Crimea, esto es, en los ratos en que no andaban á tiros, organizaron una compañía dramática cuyas funciones solian ser interrumpidas por los cañonazos rusos, dándose caso de haber tenido la primera dama de aquella militar compañía que recogerse las faldas en el cinto para empuñar el fusil y ceñirse la cartuchera.

Cuando muchos de ellos recibieron su licencia por cumplidos, ya la práctica y el estudio los habian hecho artistas, y bajo la proteccion del emperador y de la emperatriz formaron una compañía que recorrió la Francia alcanzando en todas partes un lisonjero éxito.

Este los animó, y las principales ciudades de Europa han acogido con placer á esta especie de troyadores de nuevo cuño, los cuales, de paso para Lisboa, han ejecutado en nuestra corte algunas funciones.

En Cádiz deben embarcarse para el punto á donde los llama su compromiso, y la empresa del Principal, deseosa de proporcionar un aliciente nuevo á sus espectáculos ha contratado á estos alumnos de Marte y de Talía por dos solas funciones, que parece deberán tener lugar en la próxima semana.

Morunos trages vamos á ver muy pronto dentro de nuestros muros, puesto que nadie ignora que es tal el de los zuavos, y es de presumir que lo conserven aun como honroso sobrescrito de sus marciales glorias. Nadie, pues, se alarme por ello. En vez de ser moros, son los enemigos jurados de los moros. Sus turbantes no significan mas ni menos que nuestros roses.

No dudamos que este espectáculo que se prepara será recibido con placer por un público tan inteligente como lo es aquel á quien se ofrece. Su variedad, aun prescindiendo su mérito que no podemos apreciar todavía, ya constituye por sí un aliciente y no pequeño.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL PADRE PRODIGO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS DE MR. DUMAS (HIJO).

CRITICA LITERARIA.

Pocos son hoy mas populares en Francia que los afortunados autores de *El Conde de Monte-Cristo* y *La dama de las camelias*, al menos entre la clase media y el vulgo parisiense. Absurdo sería poner en duda la fama del apellido Dumas, solo que esta celebridad es la celebridad del escándalo, vestido de flores perfumadas.

Padre é hijo, hijo y padre marchan paralelos como las ruedas de las locomotoras por los rails de las pasiones hácia un mismo destino. Sus novelas son una mercancía literaria en venta de excelente salida, porque, siguiendo el consejo de Lope de Vega "y pues lo paga, es justo hablarle en necio, para darle gusto," procuran confeccionarlas conforme al paladar del consumidor que es el materialismo. Inútil será buscar en las obras de ambos ingenios urdimbre para el argumento y trama de buena ley para los episodios.

Otro tanto sucede con sus dramas. Para los dramaturgos Dumas, no es el teatro la *escuela de las costumbres*, cual lo quiere Jovellanos; sino simplemente una tienda, donde hacen de vez en cuando al pormenor un acopio de francos á trueque de algunos litros de placer. No busca en los bastidores una cátedra para cumplir el precepto de Horacio: *Delectando pariterque monendo*; sino una tribuna donde exhibir al público las flaquezas de la humanidad con toda la desnudez de las estatuas de Fidias, en mengua del arte y de la religion.

Mejor que el título de autor dramático, merece Dumas el de *marchand de literature* por la última produccion, *El Padre prodigo*. Esto no es negarle

talento fosfórico, como el fuego del sensualismo. El drama que vamos á analizar es la mejor cerilla de Cascante, que se enciende súbitamente apenas se frota contra una pared seca, cual es el público parisiense. La chispa que produce se convierte en llama, ganando terreno de acto en acto, concluyendo al final en voraz incendio.

Antes que la pluma se queme entre las brasas, conviene referir sucintamente el complicado argumento de *El Padre prodigo*. Despues de conocido el drama, dibujaremos por separado los caracteres, juzgando su naturaleza y fin.

En el primer acto nos hallamos en casa del vizconde de la Rivonniere con la cortesana Albertina; disfrazada de hombre, pidiendo de almorzar. Aquel tiene que acudir á su proverbial serenidad para mostrar el rostro risueño, porque acaba de caerle sobre la cabeza una teja de 60.000 francos en forma de pagaré, firmado por el conde su padre, quien por aquel entonces pasaba el tiempo muy alegremente en la playa de Dieppe. Viéndose el consignatario precisado á buscar fondos, deja sola en la mesa á la huésped, despues de haber rehusado la suma total que esta le ofrecia, y toma el portante con direccion á un establecimiento de préstamos.

De Tournas, hombre dispuesto á todo, de tan buenas tragaderas, que será capaz de casarse con Albertina para proporcionar el desenlace al autor del drama, acompaña á la convidada en ausencia del anfitrión.

El vizconde Andrés tarda en arreglar su negocio; pero en cambio llega el padre, como llovido del cielo, al comedor con el bolsillo repleto de billetes de banco para reembolsar á su hijo del pagaré y prestarle además cuanto dinero quiera. Este conde de la Rivonniere, acostumbrado á galantear á mujeres honestas, desconoce completamente el mundo de las Albertinas y Traviatas; pero la que encuentra sentada en aquel instante á la mesa le agrada mas que algo y cambia con ella algunos piropos. Madame Albertina Delaborde y el mas cumplido de los caballeros Mr. de la Rivonniere, concluyen el diálogo dándose una cita en Dieppe.

A este propósito llega el hijo bastante mal humorado y en ademan de sermonear á su padre, quien le corta la accion, pagándole en buena moneda y tiernos abrazos. Las discusiones cambian al punto de tema, girando sobre el estado de las rentas entre padre é hijo, ó mas bien entre estos camaradas de prodigalidad, de los cuales el mas jóven como menos prodigo está encargado de los cordones de la bolsa comun.

Las confianzas del vizconde son desconsoladoras: "Estamos arruinados," esclama, "pagadas nuestras deudas, apenas nos quedan para cada uno 40.000 francos que gastar." A tan inesperada revelacion el conde cae de su altura, y eso que el hijo no le ha pintado toda la triste realidad para hacerle económico. Al contrario, dulcifica el rigor de los hechos porque aquel ya nada poseia y este conservaba 80.000 francos que generosamente divide en dos lotes.

Están inimitables los dos fenómenos de prodi-

galidad cuando discuten las reformas del presupuesto familiar. Para detener la bancarota que les amenaza, no basta escatimar de aquí y de allá, vender un caballo, despedir un criado ó enagenar una finca. Todos estos paliativos son impotentes contra la crisis financiera. Según Mr. Andrés, es necesario un medicamento heroico. Urge que padre é hijo acudan, si han de curarse, al altar de Himeneo, precediendo al segundo el primero en la carrera matrimonial.

Mlle. Godefroi, honrada aldeana y bella, por valor de 60.000 francos de rentas es la predestinada al honorable conde por su celoso hijo; pero el favorecido al oír que el plan curativo-financiero consistía en aquel partido, hace un gesto de disgusto, porque tenía pensado ofrecer su blanca cabellera á los pies de la joven Elena de Brignac, niña de 17 años.

El nombre de Elena hace estremecer al vizconde que acaricia también en su pecho la tierna esperanza de ser esposo de la que quieren darle por suegra. No obstante pregunta á su padre si está seguro de hallar la felicidad en la unión que proyectaba. La respuesta afirmativa del conde le arranca un suspiro, que ahoga al punto, y callando y obrando, monta en el primer tren decidido á llegar á Dieppe, con objeto de pedir la mano de Elena, á quien amaba con delirio, para el provecho venidero.

La rivalidad entre hijo y padre de la que el último no se apercebe presta materia á una escena verdaderamente dramática, donde por un destello de luz paternal adivina el sacrificio de Andrés, poniendo al fin la mano de Elena entre las de su hijo.

Aquí pudiera acabar la pieza, haciendo bueno este adagio "*amor con amor se paga*," pero como á Mr. Dumas convenia que durase cuatro actos, comienza á esponer en el 3.º el proverbio "*tal para cual*."

Olvidándonos de las inútiles digresiones en que abunda, penetremos sin dilación en la morada del conde. La nueva vizcondesa de la Rivonniere, Elena de Brignac, se halla en el palacio contenta y alegre, como quien está pasando la luna de miel.

Bajo el pie de la mas estrecha intimidad vive con los novios el padre, mostrándose con su hija política tan galante y solícito, como el marido, á quien esta competencia hace fruncir el ceño. *Onni soit qui mal y pense....* El cariño del conde es puro como oro en crisol y diáfano como de Venecia, diga cuanto quiera el *venticelo* de la calumnia.

El mundo á quien las galantes hazañas del padre pródigo han ocupado tanto tiempo, se admira de que le abandona y murmura de su antiguo amigo y proveedor de escándalos, convertido en casero anacoreta desde que duerme en su habitación una mujer hermosa. Se acusa públicamente á este *D. Juan* modelo, en quien las nevadas de los años no han apagado el barril de pólvora que guarda bajo la solapa izquierda del paletó, de cortejar á la mujer de su hijo.

En las siguientes escenas De Tournas y la buena Mlle. Godefroi acuden, cual si se hubiesen dado

palabra, para revelar al hidalgo paterfamilias los rumores que por la corte circulan respecto al triunvirato que tiene su nido en el palacio de la Rivonniere. Indignase el conde y para cortar hablillas se resuelve á instalar en casa aparte. Comunica el proyecto al vizconde, que no puede ocultar su alegría por la próxima ausencia del padre. Este comprendiéndolo así, prorrumpe con dolorido acento: "*¡mi hijo! ¡mi hijo no me ama ya!*" y aquí da fin el tercer acto.

Durante el intermedio, mal que le pese á la unidad de lugar, los recién casados marchan á Venecia, morada favorita del placer, góndola de flores donde se arrullan los atortolados amantes. *El Padre pródigo* trasporta sus penates al cuarto de Mlle. Albertina: mejor dicho, ésta se acomoda en la casa solariega de los Rivonniere: cosa de todo punto inverosímil. Un cumplido caballero, como en medio de sus calaveradas aparece el conde, no podía sin hacer traición á su carácter, introducir por grande que fuera su pasión una mujer perdida en la cámara donde antes amó con frenesí á la madre de su primogénito, ni colocarla en el trono donde ayer reinaba la vizcondesa, su hija política. La falta es tanto menos disimulable cuanto el conde no gustaba de Albertina, puesto que, según dá á entender él mismo, la había tomado por juguete para distraer la murmuración de sus conciudadanos, siguiendo el ejemplo de Alcibiades, cuando cortó la cola al perro.

A su vuelta de Venecia, irritado el vizconde por la conducta de su padre y la hospitalidad que á la Delaborde concedía, se decide á romper la alianza morganática que le infama. Después de una tempestuosa conversacion, acompañada de sus correspondientes truenos y relámpagos, que casi hacen zozobrar al drama, los dos Rivonniere se declaran la guerra.

En tal apuro, preséntase un Mr. de Prailles, pidiendo la vida ó la satisfacción de un Rivonniere. El retador ignora que hay varios; pero encuentra uno y esto le basta. Sin vacilar se ofrece el padre á batirse por su hijo, por supuesto en el *campo del honor*, antes que confesar la equivocación y poner coto á los desmanes del mayorazgo.

El resto del drama se reduce á una reconciliación de familia, que se verifica por obra y gracia del consabido casamiento de Albertina con De Tournas.

Hemos concluido de reseñar el argumento sin ser dueños de omitir algunas apreciaciones que de paso se nos han ocurrido. Bien seria pronunciar ahora un juicio exacto sobre la totalidad; pero como el drama no es todo y mucho menos todo perfecto, sino muchas partes, á veces heterojéneas, agrupadas con cierta habilidad en el palco escénico, desistimos de la empresa; dirémos sin embargo alguna cosa sobre el conjunto.

Tiempo perdido seria andar á caza de moralidad y de situaciones clásicas en el drama de Dumas.... En compensación abundan las frases de efecto y las alusiones satíricas contra la aristocracia, que tanto agradan al populacho.

Desde el momento en que se trataba de un padre pródigo parecía que en virtud de la ley de los contrastes, debiera estar provisto de un hijo retrógrado vestido de negro de pies á cabeza, mientras que él envuelto en su gaban de color marcharía muy erguido con su camelia en la solapa, manejando el junquillo, con la coquetería de un aprendiz de hombre. Dumas se ha separado en este punto de la alopatía literaria, ateniéndose al tratamiento homeopático.

El pintor *Del Padre pródigo* no ha creído conveniente dar á los caracteres de sus personajes diversa entonación, para poner en relieve la figura principal del cuadro. Lejos de eso, ha multiplicado los pródigos al rededor del prototipo de la prodigalidad.

En toda la pieza no hay mas que pródigos á diestro y á siniestro. Contémoslos.

Mr. de la Rivonniere, prodigalidad encarnada, prodigalidad incorregible é impenitente, es á la prodigalidad lo que la Rachel á la tragedia; sino hubiese existido, la hubiera inventado. Antes de correrse el telon se ha engullido doscientas mil libras de renta, y aun sería hombre de roerse tres veces mas con su diente quincuagenario.

El vizconde Andrés su hijo pródigo número dos, hereda la prodigalidad paterna; solamente que como todo va degenerando en este mundo, no ha llegado al límite de la prodigalidad, ni cuenta los años en que los cascos se ahuecan y la cintura se dobla bajo el peso de los despilfarros. El vizconde es un pródigo de buena pasta que se corrige á tiempo. Suspira á menudo por los 40.000 francos de renta malversados en calaveradas amorosas, y piensa juiciosamente en hacer penitencia de sus pecados contrayendo un buen matrimonio.

Mr. De Tournas, pródigo número tres, ha rodado hasta el fondo de la degradación y sus vestidos se hallan cubierto de fango. Es un título arruinado, un censo para los pocos amigos que no le han vuelto la espalda en el umbral de la miseria: vive de un almuerzo rebuscado aquí, de una comida recolectada allá, vistiéndose con francos prestados que nunca devuelve, por lo demás se pasa de servicial, siempre se halla dispuesto á desempeñar comisiones de cualquier género mediando *l'argent*. Representa á las mil maravillas el papel de pródigo perdido.

Mr. de Brignac, número cuatro, es un pródigo averiado, no en su honor y buena fama; pero en su salud y bienes. Este pródigo filósofo, refiere sus caravanas á la juventud ansiosa de instruirse. Parece un náufrago que habiendo perecido á medias hace voto de consagrar el resto de su vida para precaver á sus semejantes del naufragio.

La esperiencia de este moralista, comprada á gran precio, quiere plantar faros sobre los escollos del revuelto mar de las pasiones.

Brignac se empeña entre otras cosas en redimir mal que le pese al joven Mr. de Naton, pródigo número 5, en el primer periodo, matriculado en el gremio de los *primos á la derniere*, el cual con su delicada figura completa la galería de los pródigos.

Después no queda en el drama del género masculino, prescindiendo de los criados, cierra-puertas, mete-sillas y saca-bancos, mas que Mr. de Prailles, señorito de aldea, que aparece en el segundo acto declarando á voz en grito sobre la playa de Dieppe que está enamorado de su propia mujer; y en el tercero, para decir al amante de esta que le va á matar. Mr. Prailles no tiene carácter cómico, no tiene movimientos de carne y hueso, impelido por el autor marcha derecho á su fin, como la estatua de *El Comendador* ó *El Convidado de piedra*. Su papel está limitado á tener recogido el desenlace entre los pliegues del albornoz sin dejarle caer hasta que el consueta lo manda.

Examinando el museo de caracteres femeninos, tropezamos en *El Padre pródigo* con madama Albertina, á quien la censura francesa, con ser muy laxa, no quería conceder el pase. Repugna esta meretriz elegante fundida con las heces y la podredumbre del vicio en la turquesa de la inmoralidad. Estremece esa mujer de hielo, perfumada con azahar y vestida de seda que dice: "te amo," al mismo tiempo que apunta 6 y lleva 4 en su libro de cargo sin data. Albertina sirena de uñas largas ha desplumado uno tras otro ó simultáneamente á Mr. De Tournas, Brignac, Andrés de la Rivonniere y otros muchos. Siempre hay un asiento en su tocador para las personas que tienen gusto de arruinarse. Al presente juguetea con el joven Naton, lo mismo que el gato con el ratoncillo que tiene entre las zarpas. Para él se ha cotizado solamente en 50.000 francos: cubierta que sea la suma le pondrá en la puerta de la calle. El precio no es exorbitante que digamos; pero como Albertina está ya rica, tiene clemencia de sus nuevos parroquianos; la clemencia del cocodrilo cuando se halla repleto. Tipo mas asqueroso apenas puede concebirse y sobre todo coronado con la madreselva de la virtud y la oliva de la felicidad doméstica, como en último término nos lo presenta el pequeño Dumas.

Analizados los personajes uno por uno agrupémoslos ahora en torno del héroe para apreciar con toda exactitud el efecto del cuadro. Los dos la Rivonniere y sus amigos Tournas, Brignac y Naton son cinco personas en una sola naturaleza; cinco cubiertos á la mesa de la intemperancia; cinco enfermos atacados de la misma afección en diferentes grados. Con mayor propiedad que *Le père prodigue* debiera titularse la producción de Dumas: *Les gentils-hommes prodigues*. Reduciendo este cuadro dramático á una tesis filosófico-social podría formularse en esta forma: "Del influjo y consecuencias de la prodigalidad, según las edades, temperamento y posición del paciente."

Hay sin embargo una razón para que al autor haya colocado al padre pródigo entre sus iguales, respirando la atmósfera de la prodigalidad, á saber: para que sus brillantes cualidades no le hicieran odioso y culpable ante los ojos del público, como lo hubiese parecido de seguro entre hombres medianamente virtuosos. Acompañado de pecadores en activo servicio ó jubilados, todas las sim-

patías se dirigen hacia él como el general de un ejército. ¡Qué grande, qué sublime cuando echa mano á la espada ó á la pistola para evitar á su hijo la venganza con que le amenaza un hombre honrado, á quien hiere sin piedad! Un paso mas y cualquiera sentiria deseos de regalarle la palma del martirio. *El Padre pródigo* parece en efecto el ángel tutelar del desorden.

Pero ¿cuál es la lección que se desprende del argumento? Ninguna. La comedia pudo haber sido menos inmoral y acaso mas interesante no mostrando tan depravado al padre ni tan comprometido al hijo en los errores paternos.

Tal como se halla esta obra propone una cuestion sin resolverla. Tan solo merece el nombre de "sorites episódico."

No es ciertamente en Francia el teatro una cátedra de Etica; pero si algun escritor aspira allí á ser moralista al propio tiempo que dramaturgo, es sin disputa Dumas hijo. Sus personajes jamás pierden ocasion de censurar las costumbres del siglo. Procede por lo tanto buscar el fin moral en su última obra.

Ninguno es sin embargo mas despreciable en ella que Mr. de Prailles, sobre él ha descargado sus golpes de efecto. ¡Ya se vé! Como que Mr. Prailles era un leal caballero á quien no se le podia poner otra tacha que la de ser buen marido y hablar con ternura de su esposa, lo cual es un pecado enorme en comparacion de los ligeros defectillos que los demás personajes cometen.

¿Y cuál es la recompensa de este santo varon? La recompensa del justo, segun la moral de Dumas. Es decir: verse engañado por su esposa en provecho de la Rivonniere hijo, y herido por la Rivonniere padre, cuando trata de vindicar su honra. Este es el único que sufre la catástrofe. Los demás *gentils-hommes* salen boyantes del apuro con sus crímenes, su cinismo y sus prodigalidades.

Este desenlace romántico, como hay muchos, prueba en último resultado, que cuesta muy caro en el mundo tener razon y ser bueno.

Tal es el gran drama de Mr. Dumas hijo, cuyas representaciones acaban de prohibirse con justicia en una de las primeras capitales de Europa.

BRUNO DEL BARCO.

SERENATA.

A la luz de la aurora
se abren las flores
y á la luz de los ojos
los corazones.

Dos que se quieren,
al mirarse suspiran
y es que se encienden.

Al brotar tu mirada
cuando me miras,
sale el alma á mis ojos
á recibirla.

Siento sus rayos,
y abrasarte quisiera
como me abraso.

Dicen los que murmuran,
que yo estoy ciego.
¿Qué he de ver, dulce niña,
si no te veo?

Ya saben muchos,
que es la luz de mis ojos
la de los tuyos.

Yo te hablo y no contestas,
dudas y temes;
pero ¡ay! cuando te miro
¡cómo me entiendes!

Entre nosotros,
es muy torpe la lengua;
que hablen los ojos.

Cambian dos que se quieren
una mirada,
es en un mismo instante
cambiar el alma.

Por eso mismo
son mios tus pesares,
tuyos los mios.

Oscura está la noche
y á ver no alcanzo,
porque tus bellos ojos
están cerrados.

Sin tus amores,
para mi alma fuera
siempre de noche.

Pálida y misteriosa
se acerca el alba,
buscará de tus ojos
una mirada.

Si te la pide
dásela, pobrecilla,
que se ilumine.

José SELGAS.

CON MAL Ó CON BIEN A LOS TUYOS TE TÊN.

(CONTINUACION.)

En el periódico *L'Artiste* del mes de Setiembre de 1853, hemos leído un articulito ligero y lleno de chiste, escrito por Teófilo Gauthier, en el que se entusiasma con toda la furia francesa, por las corridas de toros.

Lejos estamos de acriminar al señor don Teófilo su afición á los toros, que tienen, cual él, tantas otras personas apreciables por su mérito y distinguidas por su talento; y le agradecemos que, mas justo que anteriores escritores, no condene á la nacion entera al estado de barbarie solo por las corridas de toros, sino que reconozca lo grandioso y fascinador de este espectáculo. Pero sentimos

ver que despues de tantos años en que los extranjeros han colgado á España sus corridas de toros como un sambenito; en el momento en que la opinion de las gentes cultas y de buenos y humanos sentimientos, principia á darse á luz contra ellas; cuando empiezan á caer en la prensa estas gotitas del agua pura de la moral, de la humanidad y de la cultura, que á fuerza de repetirse y con el auxilio del tiempo, acabarán por filtrar el duro ladrillo; sentimos que escritores extranjeros, *plus royalistes que le roi*, mas españoles que los españoles, vengán haciéndose paladines de ese espectáculo inhumano, cuando en España misma no los ha hallado en la prensa. ¡Tal es el buen sentido de esta nacion, enemiga de la paradoja, y llena de respeto á los sentimientos morales! Al leer aquel artículo, escrito por uno de los hombres mas cultos de uno de los países mas civilizados del mundo, no hemos podido menos de preguntarnos ¿si será la decantada civilizacion de nuestro siglo, un fuego fátuo, un barniz, un dorado *ruolz*, que cubre el hierro y no lo penetra?

De este artículo pequeño solo copiaremos unas pocas líneas, que ponemos á continuacion, aunque no sea mas que para defendernos por nuestra parte del ridículo que echan sobre los que claman contra una diversion, que se compone de tan horribles hechos, y tiene moral y materialmente tan perniciosas consecuencias. Dice así:

«Dígame lo que se quiera; pero ese noble y católico desden por la vida, tiene una grandeza que siente vivamente el pueblo, y que no podrán rebajar las *sensiblerías lacrimosas* de los retóricos (*rhéteurs*). Suprimid las corridas de toros, y ciertamente se hará un cambio grande en el timbre moral de la España. Ciérranse las plazas y caerán los españoles en la inepta adoracion de los *castratos* y de los tenores, en el insípido *enervamiento* musical, en la apoteosis de la arieta y de la cavatina: en lugar de España habrá Italia.»

¡Nunca hemos visto mas, ni mas brillantes paradojas acumuladas en menos palabras! Al ver hasta qué punto puede una rica y florida imaginacion estraviar á un hombre de talento tan superior y de cultura tan distinguida, se pregunta uno ¿si será la imaginacion, cuando se emancipa de la razon, la sirena de los bellos cantos del mito griego?

¿De dónde habrá sacado Mr. Gauthier que el desden á la vida sea católico? ¿Equivocándolo con el ánsia por el martirio de los santos mártires? Siguiendo esta tesis progresivamente, vendremos á sacar que los suicidas anatematizados por la Iglesia son eminentemente católicos (1).

(1) Mientras esto se imprime, (1856) en el mismo día en que un periódico de los mas acreditados de la corte daba cuenta del suicidio de una persona notable que no debemos ni queremos nombrar, hemos visto en una novela traducida que asimismo insertaba, disculpado y preconizado aquel horrendo crimen, diciendo que es anticiparse á las miras de la Providencia, y apoyándola en textos de la *Imitacion de Cristo*! Es decir, que no basta ya á la corrupcion del siglo escarnecer la moral y suprimir la Religion;

Llama Mr. Gauthier retóricos ó declamadores á los que se han pronunciado contrarios á los toros. Nunca hubo epíteto peor aplicado, y la prueba está en los tres escritos que, bajo los auspicios de *El Herald*, y reproducidos por otros respetables órganos de las opiniones reinantes, vieron la luz pública. Fué el uno un grave y razonado artículo que reasumia los perjuicios materiales de tan destructora fiesta; fué el otro una composicion en verso, que llena de chiste y de gracia, ponía en relieve todo el tosco ridículo de tan heterogénea reunion de hombres y de cosas; y por último, el tercero una sencilla llamada á los mas comunes sentimientos del corazon y á las mas cotidianas nociones de cultura, escrito por la pluma que traza estos renglones. Ninguno de los tres necesitó acudir á la retórica, ni á su verbosidad y artificio para esponer sus razones profundamente morales, altamente cultas, incontestablemente religiosas y humanas.

Suprimidas las corridas de toros, Mr. Gauthier no halla otro estado posible para España que el insípido enervamiento musical: en su opinion no hay alternativa. Los franceses pueden ser franceses; los ingleses, ingleses; los alemanes, alemanes, sin toros ni enervamiento. Pero España sin toros, está amenazada de una furiosa melomanía con todas sus mas fatales consecuencias.

No nos detendremos ni cansaremos al lector con la refutacion de estos y otros parecidos asertos, que estampó sin duda el señor don Teófilo en la embriaguez de la alucinacion, que causa al hombre de mas mérito la fascinadora atrocidad. Pero no podemos menos de decir que creemos que todo hombre de razon y de buenos sentimientos debe anteponer á la atraccion que arrastra hácia inhumanos espectáculos, la represion de los inculcos instintos del hombre, el pudor de la moral, y la delicada decencia del buen gusto. La rienda suelta en las acciones, así como en los pensamientos, forma los calaveras de hecho y de ideas. Dice su paisano Desmahis, que el talento es como el oro: dale su valor el uso que de él se hace. Así es que la mision del hombre de talento crítico y escritor público, no nos parece que es adular las pasiones públicas y de la plebe, aunque en su fuero interno participe de ellas; sino que es mas severa, mas culta y mas civilizadora esta mision; y creemos que tiene mas mérito, mas desprendimiento y mejor intencion el que las combate. Hombres como Mr. Gauthier, á los que dotó Dios de un gran talento, lo deben emplear como faros, en seguras y floridas márgenes, y no como antorchas de saturnales. ¡Qué bien pensaba Condé cuando decía que prefería un *bon esprit* á un *bel esprit*, esto es, la sensatez al chiste!

sino que llega la perversidad y aun la demencia hasta el punto de pretender que contribuyan aquellas al triunfo de la impiedad y del escepticismo! Pero esta gradacion es lógica, y con razon la presentía nuestro autor.

(Nota del E.)

III.

Volvamos á la cabecera del desgraciado agonizante, donde gemia su hija, á quien iba á dejar su muerte huérfana y desamparada.

Hasta entonces, cuanto habia hecho Servando era la noble accion de un corazon generoso y compasivo. Pero, por desgracia, no era solo la compasion la que le movia, y la que le detenia al lado del moribundo. Era el encanto que tenia y la atraccion que ejercia sobre él aquella hermosa y pura jóven, tan interesante en su inmenso dolor, y tan abstraída por él, que ni aun se le habia ocurrido rehusar ni agradecer los cuidados y la costosa asistencia que procuraba á su padre aquel bello y elegante desconocido. Servando habia querido avisar la desgracia á Medina Sidonia, pueblo de la naturaleza del herido; pero Regla,—así se llamaba la hija del picador,—le habia objetado que no existia su madre, y que no tenia ningun pariente cercano allí.

Servando, pues, en vista de esto, no quiso abandonar á la pobre desvalida. Rico, mimado por su madre, y dueño de su voluntad, describió á esta señora que agradándole el Puerto de Santa María, pensaba permanecer en él algunos dias.

Servando era como son hoy dia muchos jóvenes, que con una apariencia afectadamente fria, y erigiéndose néciamente en propagandistas del indiferentismo en todas materias,—indiferentismo desdeñoso que establecen como punto culminante de la superioridad moral del hombre,—sienten, á pesar de sus teorías, una gran efervescencia sanguínea ó nerviosa, sin perjuicio de su gran sequedad de corazon. Así fué que se apasionó de Regla. No obstante, al verla tan pura y tan cándida, tan amante de su padre, tan ciegamente abandonada á la caridad de

un extraño, Servando no osó premeditar un plan, porque no era un malvado, ni era un seductor.

Ese horroroso tipoes desconocido en España, aunque lo nieguen aquellos que nos querrian al nivel de todo lo extranjero, hasta al de sus mas refinados vicios. Seductor de profesion no lo es en primer lugar ningun jóven: todo tiene que aprenderse en este mundo, hasta la perfeccion en los vicios! Y por lo regular, el mal hombre que escoge una víctima para seducirla, es un hombre frio y gastado, que desea por atractivo, por vanidad ó por testarudez, y no ama de corazon; que así, todo lo calcula y nada siente; y que gozando en triunfar y no en ser amado, hace derramar lágrimas premeditadamente, y ofrece su amor, como el asesino vil que envenena ofreciendo una emponzoñada flor.

(Se continuará.)

En el presente insertamos dos geroglíficos, uno perteneciente á este número, y otro el que dejamos en deber por haberse inutilizado la piedra.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La Araucana figura en primera línea entre las obras literarias.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

